

LA EDUCACIÓN CALLEJERA: CONSTRUCCIÓN CIUDADANA JUVENIL TAPATÍA EN LOS PRELUDIOS DEL SIGLO XX

OSCAR REYES RUVALCABA/ CELIA LUÉVANOS AGUIRRE/ EURÍDICE MINERVA OCHOA VILLANUEVA

Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Guadalajara

RESUMEN: Esta ponencia se ubica dentro de un proyecto más amplio que un colectivo de investigación, estudiantes y docentes de un Doctorado en Educación, estamos realizando sobre adolescencias en Guadalajara. Tiene como propósito introducir una forma de entender de qué manera los jóvenes estudiantes fueron aprendiendo a formarse como ciudadanos de una manera intuitiva y espontánea al deambular por la urbe tapatía. Para ello ubico a los lectores en el contexto en que vivían los adolescentes en la ciudad en el umbral del siglo XX. De manera particular pretendo realizar un acercamiento a las formas cómo los menores tapatíos hacían suyos los espacios urbanos en ese periodo. Parto del supuesto de que la educación cívica puede ser abordada a través de las formas en que los jóvenes han mirado y se han apropiado de su ciudad. Para conocer las maneras en que los adolescentes iban

haciendo suya la ciudad me he cuestionado: ¿Cómo se fueron socializando los muchachos en la vida urbana tapatía? ¿Cómo percibían su barrio, la ciudad y sus contornos? Para acceder al reconocimiento de la mirada amorosa hacia la ciudad me apoyo en el concepto de *matria*, de Luis González y González (1991) y de *vida cotidiana* que Paul Leuilliot (1999) Hice uso de memorias, autobiografías y recreaciones literarias para captar la vida interior de los adolescentes.

Palabras clave: ciudadanía, adolescencia, vida cotidiana, aprendizaje social, educación cívica

Introducción

Aunque la actual Reforma Integral en Educación Básica (2011) tiene como propósito “...atender las necesidades educativas de los menores así como las expectativas que tiene la sociedad mexicana del futuro **ciudadano**¹”, poco se ha trabajado este concepto desde las

¹ Las negritas son nuestras

disciplinas educativas, aún menos se ha vinculado a los menores y su relación con la ciudad cómo ámbito de formación. En este trabajo intentamos mostrar qué también es posible estudiar la ciudadanía desde otra perspectiva: entendida como apropiación simbólica y material de la ciudad por parte de los jóvenes. Pues como señala Beatriz Núñez (1999:17) “las formas de ver la ciudad coincide con las maneras de vivirla”. Ya que, entre el hecho fortuito de haber nacido en algún lugar y la identificación territorial con éste, se va realizando una incorporación subjetiva del entorno que se parece al del enamoramiento, al de un encantamiento por el terruño. Esta apropiación implica un proceso de aprendizaje, durante el cual se va afinando determinada forma de ver, leer y otorgar significados de la ciudad, esto es de adquirir identidad ciudadana o en términos políticos: ciudadanía.

a) Propósitos y supuestos

Procuramos atender a la siguiente pregunta general:

A principios del siglo XX, en Guadalajara ¿de qué manera los escolares fueron construyendo su propia versión de ciudadanía?

En concordancia con lo anterior sostenemos el siguiente argumento:

Si bien los grupos de poder, a través de la escolarización, procuraron formar un ciudadano entendido como un individuo apegado a la normatividad institucional y acorde con las reglas de urbanidad vigentes, sostenemos que también es cierto que las juventudes de la época fueron construyendo su propia versión de ciudadanía en los márgenes de las políticas educativas y aún afuera de los recintos escolares. Consideramos que las adolescencias fueron conformando su propia constitución ciudadana, entendida como *apropiación experiencial de la ciudad*.

Hablamos de construcción ciudadana en un doble sentido: por una parte, como elaboración intelectual, en tanto representación social sobre lo que las autoridades educativas consideraban que debería ser un ciudadano; por otra parte, en tanto acciones cotidianas a través de las cuales los propios estudiantes iban apropiándose de la ciudad, de sus normas y símbolos.

Señalamos cómo en su diario devenir, y en los intersticios de la normatividad institucional, los jóvenes iban construyendo su propia acepción de ciudadanía, no necesariamente centrada en la reglas de urbanidad y “buen trato social”, sino de una manera mucho más burda pero efectiva, una especie de “civilidad bárbara”, que era la forma particular en que los jóvenes se convertían en ciudadanos, esto es, la manera en que se apropiaban simbólica y prácticamente de su entorno urbano.

Contenido

a. Representaciones de los menores callejeros en los manuales de lectura

En los libros de texto la calle se presentaba como un espacio restringido para los jóvenes. Allí se señalaba que los menores sólo debían usar la vía pública como mero tránsito entre la escuela y el hogar. Si los adolescentes salían de su hogar, a menos que se dirigieran a estudiar, debían ir acompañados por alguno de sus padres o por una persona mayor. Si un púber le gustaba andar sin rumbo fijo por la ciudad podía llegar a ser considerado un libertino.

Los rasgos de conducta contrarios a los de un joven decente se personificaban en la figura del vago. Éste era un ser que deambulaba por la calle “sin oficio, ni beneficio”, y, peor aún, viajaba por la vida influenciando con su mal ejemplo a los otros menores. La causa de esta “bárbara conducta” se atribuía a la falta de orientación materna hacia el chamaco. Solamente por convivir en la vía pública, los sectores altos y medios consideraban que los menores de las clases menesterosas tenían un gusto natural por el juego y los cigarrillos y, por tanto, eran delincuentes potenciales a los que se les debía recluir y civilizar. Se olvidaba que la mayoría de estos mozuelos abandonaba la escuela para realizar alguna actividad remunerativa que apoyara al sostenimiento familiar. Así, por ejemplo, en una lectura se mostraba a dos muchachillos que faltaron a la escuela porque se dejaron convencer por un vago llamado Simón. Esta lección iba acompañada de una ilustración donde se observaba al trío recostados en un recóndito paraje, fumando y platicando despreocupadamente. Se culpaba a Simón de la conducta de los otros adolescentes, a quienes se presentaban como “hijos de familia”. Allí se mencionaba:

Por desgracia, hay entre ellos un muchacho de malas inclinaciones que es el que arrastra a los otros dos a esa vida de holgazanería y de mala conducta. Simón, el muchacho que vemos a la izquierda, perdió a su madre cuando era muy pequeño, y siendo hijo único, quedó a cargo de su padre, hombre desgraciadamente muy vicioso, y que por esta causa se ocupaba bien poco de la educación del hijo... De esta manera fue como creció el pequeño Simón,



Fuente: Núñez, 1913: 98

sin oír jamás un buen consejo, y sin conocer otra educación que los golpes que su rudo padre solía aplicarle por todo correctivo (Núñez, 1913: 14-15)

Además, a pesar de que en la ilustración se observaba fumando al muchacho mejor vestido, se culpaba al desgraciado Simón como el causante de dicha falta. Esto debido a que era huérfano e hijo de un padre ignorante y vicioso. El mensaje que se dejaba era que los jóvenes de buena familia debían seleccionar escrupulosamente a sus amistades, si no querían recibir el influjo de las malas compañías.

De acuerdo con los libros de lectura, los menores en la calle no sólo eran descorteses con los adultos, sino solían mostrarse insolentes y con rasgos considerados como bárbaros hacia los demás. La ociosidad podía llevar a hacer de los adolescentes seres agresivos y pendencieros. La falta de conducción y vigilancia por parte de algún mayor hacía que los inocentes juegos dieran lugar a bromas y burlas, que podían degenerar en agresiones y peleas hasta en los más íntimos amigos.

b. Escolaridad callejera y formación ciudadana

Una rara sensación de “mayoría de edad” debía invadir a los chamacos que entraban a la primaria superior o a los liceos que existían en la ciudad. Es presumible que un sentimiento de suficiencia moral, de ventaja intelectual y hasta de cierta vanidad personal embargara a estos muchachitos. Mudar los pantalones cortos por unos largos; permitir que su pelo, ayer en corto casquete, le llegara hoy al ras de las orejas; percibir cambios en el timbre de voz; y el bochorno ante a la presencia del sexo opuesto, eran signo de que algo personal estaba cambiando.

En los contornos de la escuela los jovenzuelos dejaban cantos y rondas, para hacer corrillos donde aprendían algunas “canciones de trova”. Repasar en la intimidad algunos versos de amor teniendo en mente la mirada suspirante de alguna muchachita de céntrico colegio. Al salir por las mañanas de la escuela primaria superior, los grandes de quinto y sexto ya no se iban corriendo a casa para ser recibidos por los brazos de mamá. Ahora se acicalaban y arreglaban sus ropas, y a grandes trancos tomaban rumbo hacia el “colegio de señoritas” más próximo a la escuela.

Allí se les veía, mezclados con “los grandes” de los Liceos, ocupando las bancas del céntrico Jardín Núñez, o por allá cerca del Hospicio Cabañas para ver pasar y piropear a las “niñas finas” del Sagrado Corazón. Yáñez describe el comportamiento de una de estas palomillas por el rumbo del templo de San Felipe:

Don juancillos que visten todavía a la rodilla, pero ya fuman y dicen malas palabras, se apostan en las esquinas, en las bancas del jardín inmediato, frente al templo. Ellas pasan junto a ellos y adoptan precoz seriedad. Luego, halagada su incipiente coquetería, corresponden miradas y –encendidas las mejillas- apresuran el paso. Ellos fanfarronean, se remilgan, tratan de esconder sus libros, de lucir calzado nuevo: el anillo que han tomado de mamá; la mascada que ganaron; la destreza en el fumar; engargolan la voz, se acicalan el cabello, frotan el calzado sobre la media (Yáñez, 1985: 65).

Sin embargo, en estos lances amorosos “los mozalbetes” de primaria superior tenían pocas posibilidades de conquista, pues tenían que contender con “los jóvenes” –bigote en ciernes- de los Liceos, incluso con “los padrecitos” del Seminario. Pero eso sí, “en el intento no quedaba”.

En los días santos, el jardín Zaragoza enfrente de Seminario, era uno de los lugares predilectos donde los precoces muchachos solían ir a probar suerte, pues allí iban a parar las “niñas bien” de Guadalajara según lo relatara Agustín Yáñez:

Allá van en parvadas llenas de gracia, a la hora en que salen de los colegios, todas las niñas de buenas familias, porque ha llegado la cuaresma y es tiempo de recordar el principio y el fin del hombre. Allá van las colegiales del Verbo Encarnado, con sus vestidos blancos y cinturón rojo; las teresianas, con sombrero y guarnición de color café; las del Sagrado Corazón; las de las adoratrices; las niñas de todas las escuelas particulares. Allá van parvadas llenas de gracia. Una campana colonial, aristocrática, va diciendo el sermón en la opulencia de la tarde (Yáñez, 1985: 65).

Allí intentaban hacer llegar a la güerita de ojos entornados una carta con los alambicados versos tomados de un libro de lectura. En esa misiva se solicitaba a la elegida que le brindara la oportunidad de “relacionarse seriamente con ella”. La supuesta agraciada debía, desde luego, rechazar indignada tal atrevimiento, pero si el susodicho era de “finas maneras”, de “buen ver” y soportaba el rechazo inicial, tal vez en la siguiente ocasión concediera a recibir -por medio de la chaperona, celestina y confidente- el recado amoroso. Las versificadas cartas iban a parar al “Contreras”, al “Mantilla” y alguno de los libros de “Higiene y Economía Doméstica”, donde se guardaban celosamente de la mirada de los padres. La recepción de la epístola no significa la aceptación del compromiso, pero entreabría la puerta para que el ansioso enamorado siguiera haciendo entregas de versos, proposiciones y hojas perfumadas con “lavanda” de papá. El muchachito podía seguirla a la

salida de la escuela, a una distancia prudente para no “levantar sospechas” de los celosos cuñados; encontrarla “casualmente” en la hora de misa; intercambiar una miradita ocasional y hasta captar una mueca que simulaba una sonrisa de parte de la pequeña amada. Todo eso podía durar largo tiempo hasta el día en que al mocetón se le metía en la cabeza que la “santa muchachita” le estaba “dando calabaza” con un “señorito de colegio”, o hasta con un compañero de la propia escuela. Entonces el celoso polluelo exigía “pruebas de amor”, que consistían en permitir intercambiar algunas letras, o mejor aún, entregarle unos rizos de su blonda cabellera en sobre sellado y perfumado. De esta manera los escolares enamorados podían llegar a ser novios a escondidas “sin que nadie lo sepa, pues si mis papas se enteran me matan”. Guadalupe Gallardo recordaba que de jovencita a escondidas llegó a tener por novio a un muchachito de su

En la cita cambiábamos poquísimas palabras, había siempre el cuidado de citarnos para la próxima en sitios distintos; sentíamos una vigilancia que, aunque discreta, también era asidua; me llevaba constantes regalos: que el ramito de flores, que un pajarito... Aquellas citas traían alarmada a la familia, e hicieron que frunciera el ceño mi tío, y fue la causa de que lo mandaran a estudiar a Guadalajara (Gallardo, 1955: 177).

Sin embargo, el precoz idilio tuvo un triste desenlace: al descubrirlos sus padres y para evitar incidentes mayores percances ella continuó reclusa en el Colegio de las Damas del Sagrado Corazón, mientras que a él como castigo lo enviaron a estudiar al internado del Instituto del Señor San José.

Si bien en su casa y en la escuela los muchachillos solían recibir estoicamente las reprimendas de sus padres y maestros, en palomilla hacían del desamparo individual una virtud colectiva y en veces los más atrevidos se iban a “pintar venado” a algún solitario paraje como las Barranquitas de Belén, en donde, con un cigarro en boca, taladraban el nombre de su enamorada en los paredones de piedra caliza que allí abundaban. O bien, vagaran por los manantiales del Agua Azul, La Alameda, el Jardín Botánico o en algunos de los “baños públicos” que por aquel entonces existían por el rumbo del barrio de Mexicaltingo. Quizás a estas barriadas pertenecían los muchachillos que con sus propios pasos hacían suya la ciudad y sus confines, según la narración del escritor Agustín Yáñez:

-Vámonos haciendo la pinta –grita Palafox-. Nos iremos a bañar al Profundo.

-Zas, suave, vamos a hacernos la pinta. Pero a mí me gusta más ir a los baños del Tepopote o al de las Damas. No me ajustan los fierros para ir al Profundo.

-Que le hace; nos vamos de moscas en el tranvía de Zapopan.

-Sí, le mosquearemos al remolque...

La emprendimos a pincel, o como vulgarmente se dice, en el caballo de San Fernando (ratitos a pie, ratitos andando) rumbo a Mexicaltingo que está re lejos, como más de treinta cuadras, torciendo calles. Íbamos –cada quien con nuestro cigarro en la boca- a veces de moscas, pero de nada servía, porque como no cabíamos los cuatro en el mismo carretón, los que se adelantaban tenían que esperar en las esquinas... Cuando llegamos a la avenida Corona sí pudimos pegarnosles todos juntos, nomás que el cochero donde iban la Galletera y la Yegua le atinó a éste un chicotazo padre en la mera espalda; excuso decirles que todos nos bajamos y nos fuimos a puñetazos contra el bolero había dado el pitazo, al grito de “ay van dos...”; le dimos hasta debajo de la lengua, para que se le quite lo malora; desde la estación hasta las Nueve Esquinas, le mosqueamos a un tranvía “Norte y Sur”: el conductor iba re entretenido platicando con unas gatas que volvían al mercado; suave, un carretón de ladrillos nos arrastró hasta el puente de las Damas; y de allí, otra vez a puro pincel, llegamos al ratito al Tepopote...

No sé si la Galla lo aventó o él se resbaló; el caso es que la Pantera cayó redondito en el agua, con todo y ropa. No aguantábamos la risa... Él, que se creía la Divina Garza, se puso a exprimir sus trapos y a tenderlos al sol, como si fuera criada de casa rica...

Pitaban los pitos de las fábricas. Serían ya las dos de la tarde. Hasta entonces pensé que iba a decir en mi casa y más porque llegaba recién bañado. Callados, despacio, a pie, tomamos el rumbo de nuestras casas. Me fui por el merito sol a ver si se me secaba el cabello... ¿Qué diría yo en mi casa si me maliciaban el venado? Entonces fue cuando me acordé que en la apuración le prometí una manda al Señor San Antonio... La señorita, o el director Barbas de Chivo, seguro, nos van a dar una castigada padre, ora en la tarde: no sé cómo le hacen para indagar cuando los muchachos pintan venado (Yáñez, 1958: 94-99).

Conclusiones

En los primeros años del siglo XX el Estado estableció diversas estrategias educativas para inculcar a los jóvenes las pautas culturales que consideraban necesarias para que se integraran de manera responsable a la sociedad. Lo que implicaba ser respetuosos del orden institucional, aceptar las diferencias sociales, mostrar decorosas maneras y fino trato social. La escuela era –junto con la familia- la institución responsable de moldear la conducta de los alumnos. Sin embargo, en su vida diaria, junto con los aprendizajes formales, los escolares aprendían a evadir la disciplina escolar, a batirse a golpes con los rivales y a “pintarse” de vez en cuando de la escuela. Vaya, los jóvenes aprendían de manera sensible lo que tanto deseaban sus gobernantes: hacer de los alumnos nuevos ciudadanos. Sólo que éstos incorporaban los símbolos y las prácticas sociales de una forma por demás bárbara, ajenas a las “buenas maneras” que demandaban los códigos de urbanidad de la época.

Estos jóvenes tapatíos se apropiaban de la ciudad de una manera práctica y espontánea. Iban conociendo y reconociendo los diferentes rincones de la ciudad y haciéndolos suyos por medio de sus sentidos: con sus pies, a través de correrías en el trajín urbano; con sus manos, por medio de los juegos que celebraban en el recreo o en la esquina del barrio; con su ojos, en los viajes en tranvía que realizaban por la ciudad; con sus oídos, por las historias de ciudadinas que se transmitían de boca en boca y de generación en generación; con su paladar, saboreando las succulentas viandas, nieves y dulces que adquirían en las vendimias callejeras en los días del asueto escolar; incluso con el olfato que aspiraba el delicioso olor a tierra mojada. En suma, en su diario devenir, los estudiantes incorporaban (volvían parte de su cuerpo) el olor, el sabor, las formas y el modo de ser tapatío.

En suma, los jóvenes en su cotidianidad áulica y extraescolar, se mostraban resistentes a los mandatos institucionales y con frecuencia sostenían comportamientos que transgredían las reglas de convivencia social. Los estudiantes se apropiaban de su entorno de una manera activa, más acorde con la diversidad de cunas que los vieron nacer y de los destinos a los que podían aspirar. Con ello los adolescentes no sólo eran objetos de la historia, sino se convertían en sujetos de su propia historia.

Referencias

- Gallardo, G. (1955). *Dintel Provinciano*. México: Imprenta M. León Sánchez.
- González y González, L. (1991). "Terruño, microhistoria y ciencias sociales". En Pérez Herrero, Pedro (comp.) *Región e historia en México*. México: Instituto Mora.
- Leuilliot, P. (1999). En De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Núñez, A. (1913). *El lector americano. Libro segundo. Curso gradual de lecturas. Nueva edición destinada al uso de las escuelas mexicanas*. Nueva York: D. Appleton y Company.
- Núñez, B. (1999). *Guadalajara, una visión del siglo XX*. Zapopan, Jalisco, México: Colegio de Jalisco
- SEP (2011). *Reforma Integral de Educación Básica*. México.
- Yáñez, A. (1958). *Flor de juegos antiguos*. Guadalajara: Ediciones del Banco Industrial de Jalisco.
- Yáñez, A. (1985). *Los sentidos del aire*. México: Fondo de Cultura Económica.